

JEFF SMITH

BOWE

UNA NOVELA DE
TOM SNEGOSKI

EN BUSCA DEL RESPLANDOR
LIBRO TRES

ASTIBERRI





PRÓLOGO



Era algo que siempre había sabido que ocurriría, pero que había esperado que no fuese así.

El Dragón Rojo trató de levantar su poderosa cabeza, pero le pesaba demasiado, todavía atontado por el sueño. El Nacht lo controlaba ahora, y sólo permitía al dragón la oportunidad de abrir los ojos un poco para ver los horrores que el malvado había creado.

Para pavonearse, como hacía siempre, incluso desde que era un joven dragón hacía mucho tiempo, antes de que escapase del vacío entre el Sueño y el Mundo de la Vigilia.

El Sueño.

Al Dragón Rojo le entristecía ver lo que le habían hecho, que la oscuridad cubriese el antaño vibrante lugar con la materia de las sombras. Y ahora aquella negrura líquida se estaba extendiendo en el Mundo de la Vigilia. Oía al Nacht riéndose mientras se erguía sobre él.

—¿Lo ves? —preguntó el dragón negro—. ¿Ves lo que he hecho...? ¿Lo que estoy a punto de hacer?

—¿Cometer un error muy grave? —dijo el Dragón Rojo, con la voz pesada por el sueño, arrastrando las palabras.

El Nacht volvió a reírse.

—No, un error no, hermano —respondió—, sino la culminación de mi destino.

El Dragón Rojo puso los ojos en blanco.

—Hazme dormir otra vez si vas a empezar a decir tonterías.

El Nacht apareció de repente delante de él, sus enfurecidos ojos lo miraban fijamente.

—Ya ha empezado —afirmó—. Aquellos que tenían la conexión más fuerte con el Sueño fueron los primeros en caer... Los tomé uno tras otro, los envolví en un manto de sueño y los traje aquí.

El Nacht se irguió sobre sus gruesas patas traseras negras y extendió sus alas de ébano. La oscuridad del entorno se elevó como una niebla y reveló una visión de pesadilla.

Hasta donde le alcanzaba la vista al Dragón Rojo no había más que cuerpos, todos bajo el influjo de un sueño interminable. Monjes que yacían desperdigados entre gente corriente del Valle, nobles durmiendo junto a dragones... Todos ellos víctimas del poder creciente del Nacht. Era mucho peor de lo que el Dragón Rojo podía haber imaginado, pero todavía había una posibilidad de que el Nacht fuese derrotado.

Porque el Sueño había visto venir esta amenaza... y había hecho sus planes.



—Tu silencio dice mucho, hermano —dijo el Nacht con un gruñido de felicidad mientras caminaba entre los dormidos. Se detuvo ante lo que parecía ser una cortina de negro absoluto—. Más allá de esta barrera está el premio —ronroneó el Nacht. Levantó una mano con garras y la colocó sobre el obstáculo—, el Mundo de la Vigilia, esperando a que la oscuridad inunde esa tierra como un océano.

El dragón pasó sus afiladas garras por el muro oscurecido, y unas hebras oscuras caían y se perdían entre las sombras a sus pies.

—Ya ha comenzado el trabajo —continuó—. Poco a poco, pedazo a pedazo, el muro está cayendo.

El Nacht volvió a reírse, y su insidiosa felicidad acompañó a su hermano al abrazo del olvido.

El último pensamiento que se le pasó por la mente al Dragón Rojo antes de que el sueño lo volviese a reclamar fue sobre la posibilidad que restaba de que aquella pesadilla terminase.

La chispa de una posibilidad.

Pues de una chispa, a menudo brota un fuego.

* * *

Porter dormía bajo la fresca y húmeda tierra, con la cabeza y las patas recogidas dentro de su concha, soñando con amigos que habían ido y venido durante los largos años que había vivido. Los recuerdos eran como un agradable fuego que mantenía calentita a la vieja tortuga mientras hibernaba bajo el bosque donde había vivido sus muchos años.

Y aquel fuego estaba creciendo; los recuerdos eran más brillantes e intensos de lo que lo habían sido en mucho tiempo, y lo despertaban lentamente.

Parpadeando, la tortuga asomó la cabeza por fuera de la concha, extendió las patas y comenzó a arrastrarse entre la tierra hacia la superficie. Se acordaba de lo que Stillman le había dicho mientras los amigos se despedían.

—Podría llegar un momento en que nos necesiten para un trabajo muy importante.

—¿Cómo lo sabremos? —preguntó Porter.

—Lo sabrás —replicó Stillman mientras se dirigía hacia el lago donde había planeado dormir—, el Sueño te lo mostrará.

«Parece que Stillman tenía razón», pensó Porter, saliendo de entre la tierra. Se la quitó de encima y miró el paisaje. No había cambiado gran cosa en el pantano del bosque desde que se enterró en el barro para dormir.

¿O sí?

Entonces lo notó, una especie de señal de que algo no estaba bien; una sensación de frío que era justo lo contrario del calor que lo había despertado. Eso debía de ser justo aquello de lo que le había hablado Stillman.

Sin dudar más, la vieja tortuga empezó a caminar por el bosque, desplazándose hacia el lago donde su amigo probablemente dormía aún.

Porter tenía un trabajo que hacer.

Tenía que despertar a un dragón.



Tom Elm sabía que tenía que dormir, pero no iba a resultar fácil.

Estiró la manta con más fuerza alrededor de sus hombros mientras dormitaba intranquilo en el interior de la *Reina del Cielo*.

Las cosas en el Valle habían ido mal.

Mientras buscaban suministros, habían dado con otra aldea, y todos sus habitantes eran presos de las pesadillas.

Había sido una de las cosas más terroríficas que Tom había visto, y lo que lo hacía aún más horrible era que sabía que iba a empeorar.

El Nacht se estaba volviendo más fuerte, secuestrando gente, *aldeas enteras*, del Mundo de la Vigilia, y a partir de ahí se iba haciendo cada vez más poderoso.

Tom gimió entre la vigilia y el sueño. Por su cabeza pasaron recuerdos de todo por lo que había pasado durante la misión de encontrar los restos del Resplandor, el ahora fragmentado primer rayo de luz que expulsó a la oscuridad hacía tanto tiempo. Al principio le habían atormentado las dudas, convencido de que el Sueño había cometido un gran error al elegirlo como su

adivid, pero ahora veía lo lejos que había llegado, el éxito que había tenido. Quizá no sería un fracaso completo después de todo.

En ese lugar entre medias, oyó de repente las palabras de su padre mientras le explicaba su filosofía sobre el cultivo de nabos.

«Nunca emprendas nada sin comprometerte —recordó que le había dicho una noche mientras cenaban—. O haces el trabajo hasta el límite de tu capacidad o no te molestes. ¿Por qué perder el tiempo si no vas a darlo todo?».

Nunca se habían pronunciado palabras más ciertas, aunque su padre estaba hablando de algo completamente distinto, que no era salvar al mundo de un dragón malvado.

Recordar las palabras de su padre hizo que Tom pensara en su madre y su hermana también, y cómo habían caído todos víctimas del poder del Nacht. Si alguna vez quería volver a verlos despiertos, no tenía más elección que darlo todo.

Esperaba ser lo bastante fuerte para el trabajo.

No podía dormir, y Tom se encontraba de repente muy despierto. Con la vista aclimatándose a las sombras, miró a su alrededor para ver dónde estaban los demás componentes de la aventura. Había estado lloviendo sobre la cubierta, así que todos habían bajado a dormir. Los gemelos Bone, Abbey y Barclay, estaban acurrucados el uno junto al otro. A Tom le divirtió verlos así; normalmente estaban golpeándose, dándose patadas o atormentándose el uno al otro. A su lado, encogido, estaba Roderick. Los tres se habían hecho muy amigos. Tom giró la cabeza y vio a Randolf sentado, la espalda apoyada contra el casco del barco y los brazos cruzados. A primera vista

el Veni-Yan parecía tan duro como cuando estaba despierto, pero cuando Tom escuchó atentamente, oía la respiración lenta y rítmica del anciano.

Bajó la mirada a la extraña piedra que le colgaba del cuello con un cordón de cuero. El fragmento del Resplandor centelleaba suavemente, volviéndose más brillante e intenso según pasaban los segundos.

Tom tragó saliva, sabiendo lo que significaba. El Resplandor quería enseñarle algo.

Una visión.

Una visión del futuro.

La noche había caído demasiado deprisa.

El jefe Gnod de la tribu nordak, que vivía en los límites de la montañosa región del sur de Pawa, se sentó sobre su pesado trono de madera tallada y esperó intranquilo a que llegasen los gritos.

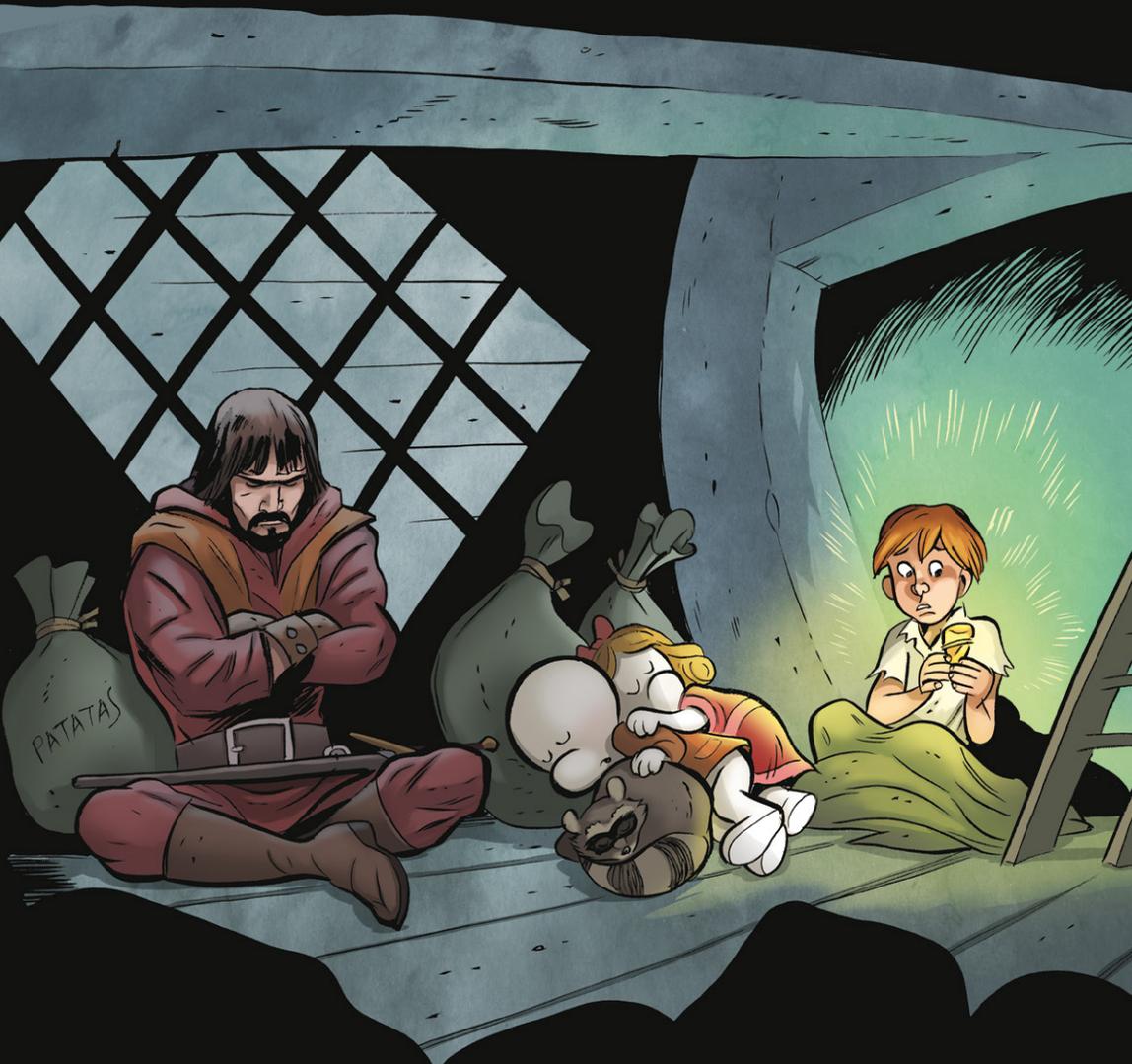
Se pasó unos dedos gruesos por la larga barba gris, con los oídos atentos a los sonidos que venían desde fuera de su cabaña.

El viento aullaba sombrío, como si fuese consciente de lo que probablemente ocurriría aquella noche.

Habían pasado dos noches desde los últimos ataques. ¿Habría una tercera?

Un golpeteo rítmico en las pesadas puertas de madera le hizo soltar un grito ahogado y puso en pie a los dos sabuesos que descansaban en el suelo, que empezaron a ladrar.

—¡Adelante! —gritó el jefe, y las puertas que llevaban a sus aposentos se abrieron chirriando con una explosión de viento helado.



Una menuda figura encapuchada entró flotando como si la empujase el hostil viento. Gnod frunció el ceño con expresión de desaprobación.

—Se suponía que tenías que quedarte dentro con tu madre —dijo, mientras su hija se quitaba la capucha mostrando unos rasgos pálidos y delicados.

—No soportaba pensar que estabas aquí solo —dijo Gerta.

—No estoy solo —dijo el jefe, estirando el brazo para acariciar a los dos fieles animales—, Grimly y Boon están aquí conmigo.

Gerta se arrodilló y acarició a los dos sabuesos de aspecto temible, que le lamieron cariñosamente las manos.

—Ahí afuera está tranquilo, padre —dijo la chica—, quizá haya terminado...

—¡Silencio! No hables de ello —le interrumpió el jefe. Miró a su alrededor, esperando los sonidos de terror que, últimamente, se oían por la noche.

El jefe creía saber por qué su pueblo estaba siendo atacado. Era una especie de maldición, una maldición de algún poder superior por cumplir los deseos del Encapuchado contra el reino de Atheia.

Estaban siendo castigados por sus osados actos de guerra.

Castigados por criaturas que descendían del cielo nocturno para llevarse a sus súbditos hasta las cuevas de las montañas mientras sus gritos se desvanecían en la oscuridad.

—Pero ya han pasado tres noches contando ésta —dijo Gerta, poniéndose a su lado.

El jefe Gnod se sentó, escuchando.

—La noche todavía no ha terminado.

—¿Pero no crees que ya nos han castigado suficiente? —le preguntó.

—Lo que yo crea no tiene importancia —dijo el viejo jefe—, es lo que piensen los poderes que nos rodean.

—Entonces creo que los poderes son malos y crueles —dijo la muchacha, apretando los puños.

El jefe Gnod se sobresaltó al oír las irrespetuosas palabras de su hija. Si los poderes los estaban escuchando...

—¡Discúlpate! —le ordenó, levantándose de su silla. Los sabuesos se levantaron también, mirando al viejo gobernante.

—No —Gerta dio una patada al suelo—, y además, aunque me disculpase, ¿con quién me disculparía?

El jefe Gnod tenía los ojos como platos mientras escuchaba cómo aullaba el viento fuera.

—Estás blasfemando. Si ofendes a los dioses, nuestro tormento continuará.

—¿Sabes lo que creo? —dijo ella desafiante—. No me creo que esto tenga nada que ver con lo que hemos hecho.

—¡Basta! —le ordenó el jefe—. ¡No pienso oír más sobre esto!

»He escalado algunos de los picos más altos de Pawa y he visto la oscuridad que se extiende, no sólo aquí... sino también por todo el Valle.

Los perros empezaron a gimotear, olisqueando el aire.

—Ahora la has hecho buena —gruñó el jefe, llevando la mano a la espada que tenía al costado.



—No he hecho nada —dijo Gerta, pero no había sinceridad en su voz.

Luego oyeron los sonidos.

Al principio eran bajitos, mezclados con los del frío viento que bajaba de las montañas, y cada vez se volvieron más ruidosos.

—¿Lo ves? —le preguntó el jefe a su hija, tirando de ella en un ademán protector.

Desde fuera llegaba el pesado golpeteo de unas alas y Grimly y Boon empezaron a gruñir, lanzando feroces bocados al aire.

El jefe Gnod acercó a su hija mientras los ruidos se intensificaban; el aleteo y los gritos lastimeros de aquellos arrebatados de sus hogares.

* * *

Tom subió lentamente por las escaleras hasta la cubierta de la *Reina del Cielo*, y el violento efecto de la última visión del Resplandor todavía marcado en el cerebro.

¿Qué significaba?

Esperaba que el aire fresco le ayudara a despejarse. Había dejado de llover y el agua había dejado la cubierta brillante y resbaladiza, mientras el sol trataba de asomarse desde detrás de un montón de pesadas nubes oscuras. Volvió a ver en su imaginación la imagen de luz solidificada, como un fragmento de cristal dentado, girando en la oscuridad. La última pieza que tenía que encontrar antes de que el Resplandor estuviese completo.

Las escenas que lo siguieron eran como si le golpearan físicamente la cabeza. Tom las vio en destellos: la *Reina del Cielo* en apuros, Percival (el capitán de la nave), tratando de evitar que el barco volador cayese...

—Eh, Tom, ¿estás bien? —le preguntó alguien.

Tom se volvió y vio que Percival había asomado la cabeza de la cabina del timonel.

—No tienes buen aspecto —le dijo el explorador Bone—. Pareces casi tan blanco como yo... Y eso es estar muy blanco.

—Estoy bien —dijo Tom, nada convencido de sus palabras. La siguiente imagen era la de unas personas de aspecto temible... *guerreros*... vestidos con pieles pesadas y con armas de guerra en las manos.

Oyó los sonidos de pisadas y al volverse vio a Barclay, Abbey y Randolf saliendo de la bodega con expresiones preocupadas.

—¿Va todo bien? —preguntó Randolf.

—¿Qué era lo que gritabas, Tom? —preguntó Barclay.

—Me has dado un buen susto —exclamó Abbey Bone.

Mientras perdía y recuperaba la conciencia, Tom vio grandes criaturas negras que bajaban del cielo con ojos de color rojo brillante y las bocas llenas de dientes afilados como navajas.

—¿Qué pasa, Tom? —le preguntó el Veni-Yan mientras lo agarraba por el hombro, liberándolo de la visión.

Tom no quería preocuparlos.

—No pasa nada —se las arregló para decir. Incluso trató de sonreír, pero no duró mucho—, la última visión... no... no entiendo qué...

Aparte de las horribles cosas oscuras con colmillos, vio lo que sólo se podía describir como un gato gigante, una especie de león enorme que acechaba por las montañas del norte.

—¿Qué has visto, Tom? —le preguntó Percival—. ¿Tan... tan malo es? —el Bone estaba nervioso, y Tom no podía reprochárselo.

—Un gato gigante —dijo Tom con cautela—, creo que se supone que debemos buscarlo.

No quería contarles lo de las otras cosas que había visto... las más inquietantes.

—Roque Ja —dijo el Veni-Yan entendiéndolo—, hablas de la bestia llamada Roque Ja.

Las dos mostrorratas se asomaron desde debajo de una lona pesada, donde se habían metido para refugiarse de la lluvia.

—¿Alguien ha dicho Rock Jaw? —preguntó Apestoso.

—Por favor, decid que no —suplicó Hediondo—, por favor, que sea cualquier cosa menos eso.

—Bueno, es bastante difícil confundir a Rock Jaw con cualquier otra cosa —dijo Apestoso—. Rock Jaw... No, no se me ocurre nada que suene como...

Las mostrorratas continuaron parlotando, pero Tom ya había empezado a desviar la atención a los recuerdos de su visión.

Estaba en una cueva, descendiendo cada vez más.

De repente tenía delante una pared, y algo rascaba al otro lado, quitando trozos del obstáculo, hasta que...

—¿Está bien? —preguntó alguien, y Tom se dio la vuelta y vio a uno de los miembros más extraños de su partida. Lorimar

estaba en pie ante él, y un cuerpo formado a partir de la semilla de un fuerte roble albergaba su espíritu.

Tom empezó a abrir la boca al verla, recordando algo más que le había mostrado el Resplandor; la visión más inquietante de todas.

Lorimar estaba en ella, y su cuerpo estaba formado por una extraña forma de vida vegetal que brillaba con una inquietante luz incandescente. Tom estaba de rodillas, mirándola. Ella estaba diciendo algo, pero por algún motivo Tom no la oía.

Su confusión creció cuando ella lo levantó y lo empujó contra la pared. Salió disparado a través de ella hacia la oscuridad que había al otro lado.

Donde el Nacht estaba esperando.

Tom gritó aterrado.

—Ya está otra vez —dijo Abbey Bone.

Tom estaba a punto de decirles a sus amigos que estaba bien, que no pasaba nada. Pero no tuvo la ocasión.

Se desmayó antes de que las palabras pudiesen salir de su boca.